

P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS



VALENCIA

NÚM. 30



Puedes colaborar enviando relatos de hasta 1.000 palabras o poemas de hasta 20 versos a revistapapenfuss@gmail.com

Búscanos en Facebook, Twitter, o visita nuestra web:

www.papenfusslarevista.wordpress.com



Sonia
Pina



Safrika



Juan
Cuquejo



Patty
Page



Nicolás
Jarque



Ivan
Romero



Paola
Tena



Silvia
Docón



Raúl
Jiménez



José M.
Casado



Asier
Susaeta



Ana
Tomás



Fernando
Antolín



Margarita
Del Brezo



Miguelángel
Flores



Edurne
Sosa



Sra.
Belmutz



Laura
Contrera



Alfredo
Álamo



TOMAOS UNOS MINUTOS Y

ESCAÑEAD LOS CÓDIGOS QR

DE LOS AUTORES Y LAS

AUTORAS COLABORADORAS Y

DISFRUTAD DE SU TALENTO.

SIN SU AYUDA, PAPERFUSS

NO SERÍA POSIBLE.



COLORÍN, COLORADO

Sonia Pina

La primera vez que la vi caminaba detrás de la directora, lenta y desganada.

Habían entrado las dos en el aula, interrumpiendo la lección de tiempos verbales de doña Encarna. La directora la presentó: su nombre era Olga, se incorporaba a la clase en noviembre porque venía de otra ciudad y teníamos que ser amables con ella.

Debía de tener un par de años más que nosotras; su pecho estaba notablemente más desarrollado y llevaba el uniforme ceñido con un cinturón fino a la cintura, marcando unas enormes curvas.

Le indicaron que se sentara; ella echó un vistazo a la clase y eligió una mesa delante de mí. Antes de ocupar su asiento, me dedicó una mirada divertida y guiñó un ojo. Por un momento, sentí que la nueva era yo.

A los pocos días, Olga ya era el tema de conversación preferido del patio.



Se hablaba mucho del tamaño de su trasero y del olor de su ropa: su familia regentaba el bar de la Unión Musical y ella pasaba muchas horas en la cocina, impregnándose del humo de fritangas, churros y tortillas.

Esto, que había dado para varias risas y algún proyecto de apodo —“la croqueta” era el más aplaudido— quedó en un segundo plano cuando empezó a extenderse el rumor de que, por las tardes, Olga iba al sótano del colegio a enseñar posturas francesas —la precisión geográfica fue cosa de Charo, la delegada— a los chicos. Por lo visto, algunos se iban turnando como modelos mientras el resto miraba y se metía la mano por debajo del pantalón. Si alguno se atrevía a tocarla sin su consentimiento, recibía un sopapo.

Cada dato que alimentaba la leyenda negra de Olga hacía crecer mi curio-

sidad hacia ella, y la simpatía parecía ser mutua; no pasaba un día sin que, al cruzarse conmigo por el pasillo, me guiñara un ojo. Yo empecé a responder a los guiños con una amplia sonrisa que ella parecía agradecer. Y así fue como poco a poco, guiño a guiño, nos fuimos haciendo algo así como amigas; una extraña pareja, sin duda.

Una tarde, decidí llevarla a casa a merendar; puse un cassette de Nikka



Costa y le enseñé mi colección de Barriguitas. Ella acabó el colacao y sacó de la mochila un paquete de tabaco. “¿Fumas?” Por mi cara de espanto debió de imaginar que no y

que, en mi opinión, ella tampoco debería hacerlo.

Fue entonces cuando sucedió por primera vez: detrás de mi diadema empezó a crecer algo parecido a unas antenas, mis extremidades adelgazaron y poco a poco mi cuerpo empezó a menguar un metro, medio metro más, hasta quedar reducido a pocos centímetros; fui adquiriendo un tono verde y una chistera negra salió de mi cabeza



como en un truco de magia invertido. Pepita Grilla había hecho su aparición y ya no nos abandonaría en mucho tiempo.

A Olga le pareció muy graciosa mi metamorfosis y estalló en carcajadas. Yo daba vueltas por la habitación, histérica, intentando adaptarme a mi nuevo tamaño. Ella me cogió con cariño y me depositó en su hombro.

—Vale, ahora eres mi conciencia; la que me espera...jajajajaja.

—Olga, no sé qué hago aquí pero creo que no debes reírte, esto es muy serio.

—¿Ves? Una plasta...jajajaja.

— Debería llamar a mis padres y que me lleven al hospital.

—Debería, debería... joder, Sonia, para ya.

Abrió la puerta de la habitación y salió por el pasillo, despidiéndose de mi madre con la mano. Yo, encaramada a su hombro, sentí una des-

carga de adrenalina que todavía no sé describir. El olor a patata frita era intenso desde mi posición, pero no se estaba nada mal.

Caminó por la alameda y entró en los recreativos Jovi II. Fue directa a la máquina de música y puso "Sweet dreams", de Eurythmics. Empezó a sacudir fuertemente las caderas, haciendo que me tambaleara y acercándose al dueño del local, al que engatusó para que le regalara una partida de comecocos.

Jugamos tres partidas y a la cuarta perdimos, muriendo devoradas por un monstruo de colores.

El mismo hombre que la había invitado a jugar se acercó y le dijo algo en el oído. Como yo estaba situada en el hombro contrario no pude escuchar nada, pero Olga dejó la máquina y se dirigió a un cuarto con él. Allí había dos chicas más, me sonaban del barrio.

—Olga, esto no me gusta nada; vámonos de aquí.

—Chica, relax; yo controlo.

El hombre puso un fajo de billetes en el bolsillo de cada una y les dio una dirección; por lo visto se iba a celebrar una fiesta esa noche y ellas tenían que arreglarse y ser amables con los hombres.



—Olga, ni se te ocurra. Tengo miedo.

—Mira, grillo, tú no tienes que venir; es mi vida y no te metas.

—Yo no he decidido ser tu conciencia.

—Yo menos, así que ya te estás largando.

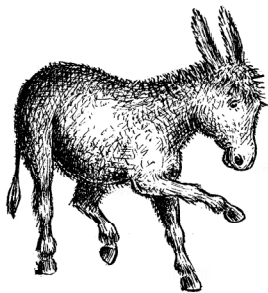
Me encajé la chistera y bajé como pude de su hombro, saliendo rápidamente por la puerta. Al abandonar los recreativos recobré mi forma humana y me dirigí a casa, aliviada por ser yo de nuevo pero con una sensación de vacío en el estómago.

Esa noche me acosté preocupada, y después de media hora de dar vueltas en la cama decidí salir de casa sin que me vieran mis padres. Conocía la dirección que el hombre de los recreativos había indicado y me dirigí hacia allí con el corazón en la boca.

Se trataba de un local con luces de colores y un vigilante de seguridad en la puerta. Pensé que me sería imposible entrar, pero cerré los ojos y conseguí volver a mi forma de grillo sin mucha dificultad. Me colé por debajo de la puerta y busqué a Olga por toda la estancia; de repente un

barullo llamó mi atención y pude presenciar una escena que nunca olvidaré: varios hombres reían mientras jugaban con tres burros que, enloquecidos, daban saltos por todo el local. Uno de los animales era especialmente voluminoso y, al pasar junto a mí, dejó un olor a fritanga bastante familiar.

—¡¡Olga!!



El asno me miró y entonces tuve la absoluta certeza de que era ella; de un salto me coloqué al lado de su enorme oreja, enganchada a las crienes. Un triste rebusno conmovió mi cuerpo de insecto.

De repente, una luz iluminó la calle y empezó a sonar una música conocida; su imagen empezó a definirse poco a poco: pelo muy corto rubio platino, traje blanco con grandes hombreras... sí, era Annie Lenox. Se dirigió al local con caminar de heroína y, colocándose enfrente, lanzó algo parecido a un rayo, haciendo salir a todos esos hombres disparados por puertas y ventanas, presas del pánico.

—Señora, no castigue a Olga, es buena chica.

—Grillo, no te preocupes, no voy a castigarla. Volverá a su forma humana, pero cada vez que se meta en líos y mienta, le crecerá la nariz.

—Mire, yo creo que eso no le va a gustar nada.

—Y tú, Sonia, deberás dejar de escuchar a Nikka Costa, que ya tienes edad y además la música británica es mucho mejor.

SUEÑO 13.478

Safrika

Soñé que amamantaba a un
[pájaro, lo hacía y
los pezones dolían, era en la
[plaza, era raro pero yo
me giraba, me giraba para que
[todos pudierais verlo
¡Mirad, mirad!

Estoy

Amamantando a un pájaro
Pese al dolor, lo hago, y
[después encontré unos
Zapatos de monja en una caja,
[y me los puse
Y dejé al pájaro, en la caja
Con la barriga llena.



En ese momento desapareció y Olga volvió a recobrar su forma. Pude ver entonces el vestido rojo corto y ceñido que se había puesto para la fiesta. Sus ojos estaban rodeados de manchurroneos negros y la expresión de su cara era tan triste que no supe qué decir. Simplemente caminamos y al llegar a mi casa me colé por la puerta; ya en la cama, recobré mi forma humana.

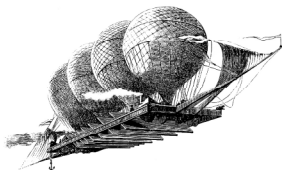
A partir de ese momento, Olga se aficionó al chocolate de mi madre, de quien se ganó cierta simpatía. Traía cassettes de pop inglés y bailábamos en mi habitación casi sin hablar, no nos hacía falta.

Yo me fijaba bastante en su nariz y sí, alguna vez vi que parecía más grande de lo normal, pero nunca le dije nada. Ella guiñaba el ojo y yo sonreía... siempre fue suficiente.

DIARIO DE LA NAVE MARIBOR

Juan Cuquejo

CAPÍTULO PRIMERO



Las naves espaciales también envejecen. La mía tiene tres siglos y medio, así que está llena de achaques. Ninguno de ellos me preocupa; lo que me quita el sueño es una avería grave que llevo dos años buscando.

Sé que os estaréis preguntando: «¿Cómo puedes no encontrar una avería grave, Deirdre?» Pues porque mi nave es un carguero de 2.945 metros de largo con sistemas de autorreparación. Mi vieja nave encuentra la avería, la intenta reparar y esta sale huyendo. La *Maribor* es tan grande que un fallo tiene mucho sitio para ocultarse. Si lograra localizarlo y conocer su naturaleza, realizaría una reparación manual. Lo único que sé de la avería es que si afecta a un punto vital, mi viejo carguero se convertirá en millones de pedazos de metal que iniciarían un viaje eterno por mi sistema solar. Esos

trozos de nave estarían acompañados por mi cadáver y el cuerpo diminuto de Valeria, mi gatita.

De acuerdo, soy muy dramática: no hagáis demasiado caso. Tampoco



sufráis por Valeria; es solo una gata sintética. La *Maribor* es un carguero comercial, y los sistemas de soporte vital son caros. La tripulación se reduce al mínimo posible, una persona, la que escribe este diario para espantar la soledad: vuestra amiga Deirdre.

Perdonad mi silencio repentino. Sonaron un par de alarmas y la avería

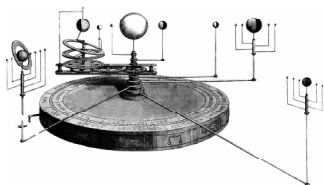
PAPENFUSS - II

esquiva afectó al compartimento de carga 54. Casi la tenía, pero se ha vuelto a escapar. Voy a estar persiguiéndola durante los ocho años de servicio que me quedan. Mientras la cocina me prepara un café, os voy a hablar de mí. No sé en qué año leeréis este diario, ni desde qué planeta lo haréis; por tanto, diré cosas que os parecerán obvias.

La fecha universal es el 16 de octubre de 12157 y vivo en el sistema solar de Novgorod. Leí que nuestro sol lleva el nombre de una ciudad de la Tierra. Mi nave también tiene nombre de ciudad terrestre. Quizá lo sepáis, pero mi sistema solar es el

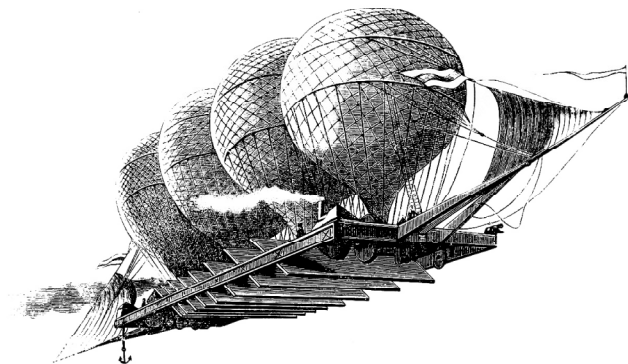
mayor del espacio habitado: cincuenta planetas, treinta de ellos poblados, y doscientos dieciséis planetas enanos, todos colonizados menos siete.

En Novgorod soy una rareza. Además de pertenecer a la raza terrícola, que solo ocupa dos planetas del sistema, no estoy modificada genéticamente. Los terrícolas, a diferencia del resto de razas que componen la humanidad, conservamos el aspecto de humanos primitivos, pero, además, yo carezco de mejoras: solo me eliminaron la tendencia a la miopía. La gente como yo no llega a ser el 2 % de la población terrícola. Tengo veintiocho años, no soy muy alta y estoy un poco delgada. Mis amigas me envidiaban por mis pecas, mis ojos azules y por ser pelirroja natural, pero os aseguro que no es para tanto: tengo la nariz muy fea.



La Maribor es un carguero mercante que recorre una ruta de dos años estándar de duración y pasa por los mismos quince planetas mayores y cuarenta enanos cada bienio. La pongo en órbita en torno a cada mundo que visito y un transbordador descarga en las bodegas los productos destinados a otros mundos. Después, se lleva al planeta los que empresas y particulares han adquirido. La Maribor requiere poca energía para esas operaciones, ya que los

viajes interplanetarios son parecidos a navegar en un velero. Según la forma en que te acerques a un planeta, puedes acelerar o frenar sin apenas gasto de combustible. Además, la Maribor está preparada para aprovechar la asistencia gravitatoria de Novgorod. Pocas naves civiles lo logran sin derretirse por el calor. He dejado adrede el café en un borde de la mesa. Valeria ha saltado y se ha puesto a oler la taza. La he alzado porque si la dejo, me-



terá el hocico, pero le permito olfatear el borde. Como siempre, se ha cansado pronto y se ha marchado.

Solo he tenido quince minutos de paz tras el café. Han sonado varias alarmas. Se me acerca una nave, no sé si vegloriana o xtix. Estoy demasiado lejos de esos mundos como para que sea un transbordador. Si son piratas, estoy perdida. He comprobado que los cuatro cañones de la Maribor están operativos y he puesto en alerta a Bob y a Gladys, que a pesar de sus nombres son dos cazas robóticos capaces de despedazar mi nave si les dejara.

Media hora después, me ha llegado una transmisión. Es un crucero de batalla xtix. Los xtix son una raza de humanos alados de treinta centímetros de altura. Lo que me han pedido me ha dejado atónita. No me lo puedo creer, pero pienso que no

mienten. He solicitado instrucciones al centro de control; tardarán tres horas en responder.

¿Qué voy a hacer si me niego y los xtix se enfadan?



CONTINUARÁ

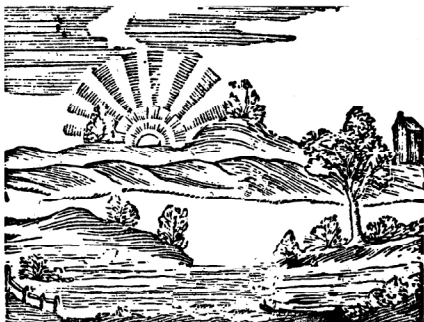
AMANECER EN LA COLINA

Patty Page

Desperté en la habitación aún en penumbra, pero una tenue luz difuminaba las sombras de la noche. A pesar del frío tras los muros de la casa, abrí la ventana y contemplé el lento ascenso del sol en el horizonte. Se abría paso entre

los árboles del bosque colándose a través de los viejos troncos, tocaba con sus rayos la tierra, la madera, las hojas, y los colores se impusieron ante la oscuridad. Los marrones y verdes resplandecieron con un brillo que parecía sobrenatural, perfilados frente al cielo rosado y azul que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista, multitud de criaturas volvieron a la vida con el exiguo calor de aquella mañana de invierno. Y algo más se movió en la espesura. Del manto de hierbas y frondas caídas emergieron varias si-

luetas y avanzaron de sombra en sombra, acercándose cada vez más a la linde de la arboleda. Evitaban el fulgor que empezaba a dominar el bosque y se aproximaron con cautela, sin salir de las tinieblas que las protegían, pero sin detenerse. Redujeron la distancia que las separaba de mí antes de que el sol sobrepasara las copas de los abetos y aun así no distinguí sus rasgos. Eran oscuridad sobre oscuridad. No tenían ojos, pero tuve la sensación de que me miraban; tampoco tenían boca y, sin embargo, temí que saliera al-



guna voz que pronunciase mi nombre. Permanecí en la ventana, inmóvil, esperando que llegaran y me arrastraran al lugar del que habían salido, un agujero profundo y oscuro donde mi existencia se desvanecería, quedando

solo una sombra de lo que fui, un ente que se movería entre la negrura atado a un mundo al que ya no pertenecería nunca. En aquella ocasión no consiguieron su propósito y re-

gresaron a las profundidades de la tierra. No tenían prisa. Pronto el crepúsculo las llamaría de nuevo y vagarían entre nosotros en busca de su anhelo perdido.

DULCE VENGANZA

Nicolás Jarque

Ganador en la quinta semana de Relatos de Banda Sonora de la SER



Habíamos bebido mucho, relampagueaba en el cielo encapotado y la orquesta Casablanca no era el grupo de rock que nos habían vendido. Ni siquiera el cantante lucía patillas. El colmo llegó cuando se bajaron del escenario por miedo a la tormenta que se avecinaba. Nos negamos a pagarles lo acordado. Ellos bramaron. Éramos cerca de doscientos paisanos contra cinco músicos enclenques. Una verdadera banda de rock nos hubiese destrozado el pueblo, ellos no. Visto que no iban a cobrar, se miraron entre



ellos y empezaron a entonar la canción del verano. A pie, salieron del pueblo, detrás nuestras mujeres hipnotizadas.

LUNES

Ivan Romero Varo

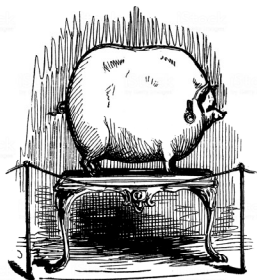
Piensas que este día se lo podías haber cambiado a otra persona perfectamente y no hubiera pasado nada, ¿no es así? Hubieras canjeado estas veinticuatro cochinas horas de existencia a alguien que seguro las hubiera aprovechado mejor que tú. Lo hubieras dado todo por convertirte en un famoso reportero que cubriera la guerra de Siria y volviera con la maleta llena de fotos para ganar el premio Pulitzer. O en un bombero que rescatara a una niña de un incendio. O en un futbolista de primera división que reposara de su lesión de ligamento cruzado interno en una dulce sesión de quiromasaje. Y todo en un día. Ese día que podrías haberte ahorrado y, sin embargo, has vivido de forma

anodina. Se te escaparon las primeras horas en un despertar de boca pastosa y café calentado al microondas. Miraste por la ventana pensando en el largo lunes



por venir. Pesado lunes. Lunes como cola de puerco que da vueltas y más vueltas para llegar al mismo sitio: el ojete. Veinticuatro horas de inercia vital. Sientes que si tu día lo hubiera vivido un cerdo lo hubiera pasado mucho mejor. Qué digo, al cerdo, con tu bendito tiempo, le habrían santificado, lo

habrían nombrado arzobispo del tiempo perdido. El cerdo rey del lunes. El porcino abanderado de la semana por venir. Podrías haber puesto algún artefacto explosivo en el domicilio de Félix Millet, por ejemplo. Podrías haber pegado fuego al congreso de los diputados o haberlos gaseado a todos con gas mostaza. Podrías haber envenenado al presidente de la patronal. Podrías incluso haber atracado el Banco de España y haber repartido el dinero entre ONG animalistas. Sí. Podrías haberte convertido en un héroe. La gente te hubiera aclamado



por las calles. Incluso se estamparían camisetas con tu rostro mirando justicieramente al infinito. Pero sientes, en el fondo, que alguien, al que todavía andas buscando, te ha robado el maldito lunes.

CONDENA REAL

Paola Tena

La reina y el rey aguardaban con las manos entrelazadas, mientras ahí fuera el verdugo afilaba la brillante hoja de la guillotina.

—Muy dulce —dijeron unos.

—Tan rápido —opinaron otros.

—Demasiado misericordioso —concluyeron los demás.

Entonces abrieron las rejas de la prisión y así, después de ataviar a sus majestades con sayos viejos y alpargatas raídas, los abandonaron a su suerte en una casita maltrecha de la

periferia. Ha transcurrido un año. Las antes suaves manos de la reina languidecen plagadas de callos y sabañones a fuerza de lavar con lejía la ropa de toda la familia, y su paladar ha olvidado el placer de las fresas con crema. El rey depuesto pasa casi todas las noches borracho, gracias al



sueldo miserable que le pagan por cargar bloques para levantar la catedral que él mismo ordenó construir. El príncipe y los delfines nunca estuvieron más sucios, más flacos y así de felices, correteando todo el día tras los rapaces de la barriada. Pronto, un puñetazo anónimo habrá de partirle el cuello al monarca du-

rante una gresca de cantina, y a ella la encontrarán al alba —luego de haber ahogado a sus hijos en el agua de un barreño—, pendiendo de una cuerda improvisada con un pañuelo de seda que logró ocultar en el escote, el día en que la turba enfurecida y hambrienta los arrancó del Palacio Real.



UNO, DOS, TRES

Silvia Docón Esteban

Suena el despertador. Son las cuatro de la mañana.

Amancio presiona el botón de la alarma del despertador situado sobre la mesita de noche.

Tres golpecitos: uno, dos, tres.

Se levanta y se da una ducha rápida.

Después de limpiar la mampara de la ducha, da tres golpecitos al mando del agua caliente.

Uno, dos, tres.

Se viste.

Se toma el café con leche de la mañana y deja el vaso dentro del fregadero.

Uno, dos, tres.

Se lava los dientes.

Después limpia el lavabo y da tres golpecitos sobre el monomando.

Uno, dos, tres.

Coge su maletín y sus llaves.

¡Ya está listo para salir hacia el trabajo!



Abre la puerta y vuelve a cerrarla.

Lo repite dos veces más.

Uno, dos, tres.

Acto seguido deja el maletín y las llaves sobre la mesita del recibidor, vuelve a su habitación y se tumba en la cama.

Presiona de nuevo el botón de la alarma del despertador tres veces.

Uno, dos, tres.

Se levanta y se da una ducha rápida.

Después de limpiar la mampara de la ducha, da tres golpecitos al mando del agua caliente.

Uno, dos, tres.

Se viste.

Se toma el café con leche de la mañana y deja el vaso dentro del fregadero.

Uno, dos, tres.

Se lava los dientes.

Después limpia el lavabo y da tres golpecitos sobre el monomando.

Uno, dos, tres.

Coge su maletín y sus llaves.

¡Ya está listo para salir hacia el trabajo!

Abre la puerta y vuelve a cerrarla.

Lo repite dos veces más.

Uno, dos, tres.

Un vez más, Amancio vuelve a dejar el maletín y las llaves sobre la mesa del recibidor...



HISTORIA DE UN ASCENSOR

Raúl Jiménez Muñoz

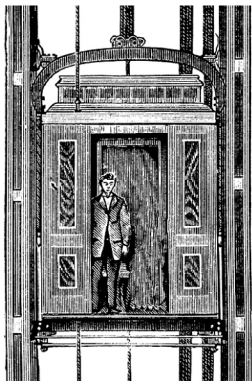


Anteayer compré en el Mercado una que hay junto al parque media docena de huevos, un brick de leche de soja, cuatro manzanas Fuji, un queso fresco de cabra y un paquete de café molido natural Marcilla. Lo metí todo en una bolsa monísima que tengo para presumir, a la vez, de tipo preocupado por el medioambiente y de moderno, pues es de tela color pistacho y viene serigrafiada con el logotipo de Blackie Books, y eché a

andar hacia mi casa. Quiero decir con todo esto que al llegar a mi bloque tenía ya el hombro destrozado. Imagino que no habéis nacido hoy y sabéis de sobra cómo se clavan las asas de esas bolsas en cuanto les pones algo de peso. En fin, el caso es que no me apetecía nada subir andando hasta el séptimo. Así que pulsé el botón del ascensor. Lo curioso es que las puertas se abrieron al momento, y que dentro había un señor, mi vecino del cuarto V.

Buenos días, le dije.

Buenos días, me respondió él.



Yo pensé que iba salir, como hubiera sido lo normal, y me hice a un lado. Pero el hombre no salió. Se limitó a sonreírme y esperar a que las puertas volvieran a cerrarse.

Querrá subir otra vez a su casa, pensé entonces. Algo habrá olvidado. Y me resigné a esperar un poquito más. Ya sabéis que ahora no deben compartir ascensor los no convivientes.

Al poco, volví a pulsar el botón de llamada y, para mi sorpresa, las puertas se abrieron de nuevo al instante.

Naturalmente, mi vecino continuaba allí. Me miró con cara de besugo.

¿Qué pasa?, le pregunté. ¿Es que no funciona?

Sí, sí, funciona perfectamente, dijo él.

Ah, entonces he sido demasiado rápido. Perdone, no le he dado tiempo a subir, dije, y sonreí como sonrían los comerciales que están atravesando una mala racha.

No, si yo no quiero subir, replicó él, con el mismo tono anodino que había empleado antes.

Ah, ¿baja usted aquí?, pregunté. Y antes de que tuviera tiempo de responderme, añadí: esto es ya la planta baja. Lo hice pensando que el tipo se había desorientado y no

sabía en qué altura se encontraba. Él se agarró al marco, estiró el cuello y asomó la cabeza fuera de la cabina. Luego arrugó la nariz. No, creo que seguiré aquí un poquito más.

No le entiendo. ¿Va a su casa o a la calle?, pregunté algo impaciente.

Ni una cosa ni la otra.

Pero...

Es que no he terminado todavía, me interrumpió él.

¿Qué no ha terminado?, pregunté con la inocencia de un chiquillo.

No he terminado de usar el ascensor.

Pero el ascensor... El ascensor sirve para subir y bajar, expuse.

Él sonrió paciente. Bueno, eso lo dirá usted.

Sí, yo y todo el mundo, le respondí, endureciendo ahora sí el tono.

Mi cabreo no lo amilanó. Más bien al contrario. Diría que se vino arriba. Amigo, yo soy parte del

mundo y no lo he dicho nunca. Luego se volvió hacia el panel de botones.



Aquello terminó de descolocarme. Oiga, caballero, le dije, como broma está genial, pero yo tengo que llegar a casa.

Al oírme, el tipo soltó un largo suspiro. Incluso se pasó la mano por la frente.

Ya le he explicado que todavía no he terminado. ¿Por qué no sube andando si tiene tanta prisa?

Pero, ¿qué va a hacer usted ahí dentro mientras tanto?

Eso es cosa mía, me dijo. No tengo por qué darle explicaciones.

Entonces las puertas volvieron a cerrarse, y yo me quedé allí, plantado solo en mitad del vestíbulo.

En eso, llegó de la calle otra vecina. Una mujer muy bajita.



Buenos días, me dijo.

Hola, buenos días, respondí yo.

Ella se fijó enseguida en que el botón de llamada no estaba iluminado. No ha llamado usted.

Es que está ocupado, le contesté.

Ya, pero si no llama, no bajará nunca, replicó ella.

No me entiende. El ascensor está aquí, pero ocupado.

Ella me miró raro, como si no se fiara de mí. Después pulsó el botón.

Así que las puertas se abrieron.

El hombre del ascensor estaba todavía de espaldas, pero no tardó mucho en girarse. Esta vez no sonrió.

Mire, me dijo de muy mal tono, es usted un poco pesadito, ¿no le parece? Ya le he explicado que está ocupado.

Pero si yo no he sido, contesté.

Entonces la mujer bajita dio un paso al frente. Lo he llamado yo, dijo, y no es ningún delito. Diga, ¿qué hace ahí?, ¿sube o baja?

Ni una cosa ni la otra, respondió el hombre del ascensor, recuperando su tono más apacible.

Pero... ¡Eso no se puede!, exclamó la señora.

¿Ve lo que le decía?, añadí yo. Y las puertas volvieron a cerrarse.

Entonces la mujer se encaró conmigo. Esta situación no tiene sentido, dijo. ¿Qué hace ahí dentro? ¿A qué están jugando ustedes dos?

No, a mí no me meta. Yo lo que quiero es subir a mi casa.

En ese momento, entró en el recibidor, desde la calle, un cuarto vecino. Un viejecito bastante flaco.



¿Es que está roto el ascensor?, preguntó con una vocecilla sorprendentemente juvenil y alegre.

No, solo está ocupado, expliqué yo.

Hay un tipo que no quiere salir.

Ah, bueno, será Antonio. Lo mejor, siendo así, es que subamos andando.

¿Es que ha pasado otras veces?, pregunté.

Alguna que otra, dijo el anciano.

Pero, ¿y qué hace ahí dentro?, preguntó la mujer bajita.

Eso, ¿qué hace ahí?, insistí yo.

Pues, ¿qué va a hacer? Lo que todo el mundo, dijo el viejo, y se echó a reír.

Aquella risa enfureció a la mujer, que levantó de pronto el puño como quien levanta una bandera.

Pues yo de aquí no me muevo. ¡No hasta que salga!, gritó.

Estoy con usted, exclamé también yo, colocándome a su lado. Aunque al rato me entraron ganas de mear

y cambié de idea. Nunca he sido muy firme en mis propósitos, debo reconocerlo.

Eso sí, en solidaridad con su causa, dejé a la señora el brick de leche de soja y dos manzanas, las más maduras, y esta mañana, en cuanto me he despertado, serían las diez y media, le he bajado para desayunar un par de magdalenas rellenas de Nutella y un café con leche.

La conclusión que extraigo yo de todo esto es que hay gente comprometida y gente que se rinde ante el menor obstáculo. Lo de esta señora tiene desde luego muchísimo mérito. No es fácil pasar ahí de pie un día entero. No es fácil comprometerse y dar la batalla. Sobre todo, cuando el asunto no te afecta directamente. Es decir, esta señora vive en el bajo y no necesita en realidad coger el ascensor para nada.

LA CIUDAD DE ORO

Jose Manuel Casado

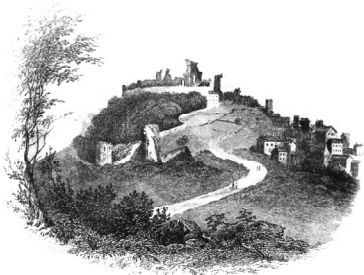
Áurea, la de las torres doradas, se asienta en la oblicua colina que separa dos ríos que confluyen un poco más abajo. Uno corre sobre pepitas de oro, el otro solo arrastra penas y suspiros. Arriba, en la cresta de un espolón vertiginoso que se asoma al abismo, un rey de tiempos ya remotos levantó un palacio coronado de cúpulas de oro,



abrumado de patios, de corredores, de atarjeas, de estanques adornados con leones alados, de extraños arcos cubiertos por filigranas de oropel. Toda la ciudad había sido construida siguiendo los criterios del soberano. En la cumbre, él y su corte habitaban un cielo hecho de apariencias. Un poco más abajo, casi ocultos tras las murallas de metal bruñido que protegían la ciudadela, los talleres de los orfebres se apiñaban en terrazas que descendían hasta el mismo borde del despeñadero. Allí se labraba el orgulloso metal, se ensayaba su pureza, se aleaba, se aquilataba, se engarzaban las más preciosas joyas destinadas a los habitantes del palacio. Aún más abajo, escondidos en cuevas junto al agua, miles de esclavos hollaban sin tregua los placeres, bateaban las arenas auríferas con manos

codiciosas, batían sin piedad los lingotes ardientes, afinaban el metal hasta convertirlo en delgadas láminas de pan de oro

Viajero que hoy te acercas a las ruinas de la ciudad dorada: no te dejes engañar por el espejismo del precioso metal. Es verdad que todo en ella aún refulge como un crisol ardiente, es cierto que sigue siendo hermosa, deslumbrante, enjoyelada, un lugar que parece invitarnos a soñar despiertos. Recuerda, sin embargo, que también es la obra de un soberano engalanado y cruel. Detente al borde del camino hasta que



la tarde caiga, espera y deja que el sol al ponerse detrás de las montañas tiña las altas torres con el cobrizo brillo de la sangre.



CRISIS EXISTENCIAL

Finalista en la semana 19 de
Relatos en cadena de la SER
Edición XII
Asier Susaeta

Los padres de Tomas insistían en recuperar al estúpido de su hijo para la causa aristotélica. Aquella situación era muy frustrante para ellos, que siempre habían caminado por los senderos del empirismo en familia, pero, desde el accidente, Tomás había virado hacia el racionalismo más radical. Parecía no querer practicar la observación ni asimilar aquella nueva realidad, así que ahora sus padres se pasaban el día discutiendo con él; «Es solo

una fase rebelde», razonaban para tratar de calmarse cuando lo veían flotar por los pasillos gritando «¡Cogito ergo sum, cogito ergo sum!». Su madre le hubiese dado un buen bofetón de no ser ella tan ponderada y ambos tan etéreos.



EL VASALLO

Ana Tomás

Cuando el vasallo entra en la taberna, no lo mira a la cara ningún parroquiano, lo dejan solo, apoyado en la barra; no comulga



ninguno con sus cantinelas: "...porque el Rey es el hombre más importante sobre la tierra, ¿qué sería de nosotros si no nos defendiera? ¿Para qué son los soldados sino para librarnos de invasiones, abusos y guerras...?" Cuando termina con su retahíla, después de haberse bebido de licores media taberna, se marcha orgulloso como un pavo enarbolando con su sonrosada y pánfila presencia la imagen del correcto siervo que hace grande al reino, y por supuesto, al monarca, su excelencia.

Y una vez partido el lomo sobre las mieses, con las manos resquebraja-

das y la cuchilla sin filo de la guadaña, al término de una larga y penosa jornada, escucha sumiso la voz del emisario que le dice: "Por orden de su majestad el Rey, pasado mañana se hará el recuento de grano, y de no acontecer la cantidad que estipula el mínimo, le serán requisados todos sus bienes, incluyendo la casa, las gallinas, el cerdo y el caballo, y los hijos mayores serán requeridos para servir como lacayos". A lo que el orgulloso vasallo responde con una inclinación de cabeza y el sombrero tembloroso entre sus manos.

BISBISEO

Fernando Antolín Morales



Kumiko y Shizuka

comparten

secretos y susurros

bajo un parasol

en los jardines de un templo de

[Kyoto.

Secretos y susurros.

Secretos y susurros.

Y sus sonrisas silenciosas

(y el rubor)

delatan el tabú en sus mejillas.



EL ÚLTIMO MAESTRO

1.er Premio en el
XX Concurso de cuentos
«VALENTINA VENTURA».

Tanste (Zaragoza)
Margarita del Brezo

Dedicado a Tía Conso

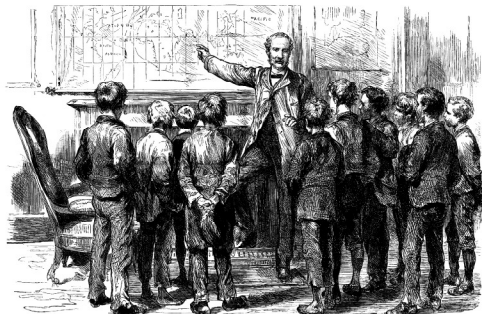
Don Julián era un hombre flaco como un lápiz y tan alto que parecía que podía tocar la luna con tan solo ponerse de puntillas y alzar el brazo lo que le obligaba a andar desgarbado ya que tenía que hacer auténticos esfuerzos para mantener el equilibrio. A veces bromeaba con el tiempo que tardaría en dar con la cabeza en el suelo y nos explicaba cómo calcular la velocidad que alcanzaría su cuerpo hasta caer despatarrado. Después hacíamos lo mismo con Consuelo, que era la más bajita de

todos nosotros, y con Agustín, que tuvo un problema al nacer y le costaba mucho aprender los números y las letras, pero imitaba a los mirlos y a los jilgueros como nadie; y al terminar con los cálculos de las velocidades, los espacios y los tiempos nos decía con los ojos muy abiertos y una voz grave, como las que se usan en las ocasiones especiales, que eso que acabábamos de hacer se llamaba Física y entonces todos nos poníamos a aplaudir de contentos. Vestía siempre pantalón de pana, jersey de pico y camisa de cuadros. En verano cambiaba la pana por el tergal y se quitaba el jersey. El tabaco le había teñido los dedos de amarillo y cuando no fumaba, se mordía las uñas. Una vez le salió un padrastro y tuvo que vendárselo para que no se le infectase con el polvillo de la tiza, dijo, pero se le fue la mano y se vendó hasta el

hombro. Parecía una momia. Pero una momia de las que había en Egipto, aclaró mientras señalaba un país pintado de amarillo en el mapamundi que colgaba de la pared, justo al lado de la pizarra. De ahí a las pirámides, a los faraones, a los cocodrilos del Nilo y a Osiris solo hubo un paso. Recuerdo que esa noche soñé que me llamaba Cleopatra y que mi casa se llenaba de criados que hablaban una lengua extraña y que en la cuadra había elefantes en lugar de vacas. Me desperté agotada.



Una mañana don Julián llegó tarde. Venía algo sofocado y con el pelo chorreando. Que iba despistado,



dijo, y cuando se quiso dar cuenta se había metido dentro de una nube de las que vuelan bajo. Y siguió diciendo que había pasado un poco de miedo porque con tanto vapor de agua condensado no se veía nada, motivo por el que casi se enreda con una isobara que tenía la presión alta y un mal genio racheado. Y mientras hablaba nos mostraba un pequeño roto en la manga del abrigo para demostrarlo. ¡Qué risa! Luego se secó por encima con el pañuelo y empezó con la clase de ciencias naturales.

Por aquel entonces a los niños los traía la cigüeña así que todos los años, por San Blas, íbamos hasta el campanario donde tenían su nido para darles la bienvenida con migas de pan mojadas en leche y con insectos que cazábamos en el prado y que luego metíamos en un tarro con restos de membrillo para darles un toque dulce, como de postre, y conseguir así que se relamieran y oír el ruido que hacían con sus largos picos. Eso se llama crotorar, nos enseñaba don Julián.

No parábamos de aprender. Las cigüeñas crotoran y los elefantes

barritan, las hormigas duermen con los ojos abiertos, los pulpos tienen tres corazones.



El corazón de don Julián era enorme, ahí dentro cabíamos todos, la pena es que solo tenía uno y se le rompió demasiado pronto, cuando aún tenía un montón de cosas que enseñarnos. Todavía hoy a veces pienso que si nos hubiese querido menos a lo mejor...

El día que murió, el cielo se tiñó de luto y no brilló ni una sola estrella. Las campanas repicaron sin parar

durante horas y nadie aró las tierras. Hasta las gallinas se quedaron mudas y la leche se cortaba cuando ordeñábamos las vacas. El pueblo entero lloró su pérdida.

Después de él ya no vinieron más maestros a la escuela. En su lugar mandaron un autobús que recorría cincuenta kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para llevarnos a un colegio lleno de clases y de cursos y de maestros y que tenía hasta un director, un gimnasio, calefacción, un patio rodeado de altos muros para salir a la hora del recreo y una pequeña biblioteca.

Nos separaron nada más llegar. Por edades nos fueron metiendo uno a uno en aulas diferentes llenas de pupitres y con las ventanas pequeñas, excepto a Agustín, que lo mandaron de vuelta a casa. Pero lo que más me dolió fue ver cómo encerraron para siempre los conocimientos en los libros.

EL PERRO LIMÓN

Incluido en el libro De dolor carmesí
Miguelángel Flores

Mi perro se come las flores del limonero. Las que caen abiertas. Y los capullos sin abrir, que son como garbanzos rosados con rabito, también. Me di cuenta porque comenzó a ladrar en un amarillo tan chillón, que deslumbraba al oírlo; aunque estuvieras lejos o fuera de noche. Como sé lo que molesta que te encandilen sin venir a cuento, pensando en los vecinos, intenté poner remedio. Lo amarré con una cadena que no le permitiera acercarse al árbol. Así lo he tenido cuatro semanas. Y, si bien es cierto que ya no refulgía ni molestaba el color de sus ladridos, que volvió a ser normal, entre el marrón y el aluminio de siempre, he empezado a notar que el limonero ya no es el mismo. Está pocho. Yo lo riego igual y le pongo abono, pero lo veo alicaído. Cabizbajo. De hecho, si uno entrecierra los ojos y lo mira, su estampa se parece más a un sauce llorón que a un cítrico. Además, las hojas se le están volviendo traslúcidas, como alas de mariposa. Temo que a este paso una mañana me levante y haya echado a volar. Así que, después de sopesarlo, he decidido que hoy mismo suelto al perro, para que se quieran como antes, y reparto tapones de los oídos y gafas de sol entre el vecindario.



EL CAFÉ DE LAS SEIS

Eduarne Sosa

La casa de Rosa Coneja había sido azul, amarilla, blanca y roja en los últimos diez años; ella la pintaba antes de que algún hijo se fuera de casa, para que si se perdían en el pueblo pudieran reconocerla desde la carretera. Rosa Coneja había tenido



nueve hijos y doce nietos, pero el martes en que Don Carruca se sentó a tomar café con ella en el solar a las seis de la tarde, la casa estaba completamente vacía. Don Carruca vivía en el páramo de la montaña, y bajaba una vez al mes a comprar

aguardiente y tomar café con Rosa Coneja; en sus arrugas se veían las noches de lluvia en que caminaba por el páramo buscando poemas, canciones o recuerdos.

Ese martes por la mañana Rosa Coneja había despedido a su última hija, le metió dos vestidos y un par de zapatos en un costal y le echó la bendición para que San Isidro la llevara con bien hasta la capital. Amparo tenía veintidós años y quería ser maestra; lo que no supo es que, al salir de la casa de su mamá con el costal en la espalda, la casa se quedaría roja hasta que se la comiera la polilla.

Don Carruca despertó de una siesta perezosa en la hamaca. Su casa en el páramo no tenía ni luz ni agua, pero tenía las paredes frizadas con botellas de vino extranjero, que hacían al sol del mediodía bailar milongas de colores en el piso. Si el

viento del páramo no soplara canciones, Don Carruca hubiera escuchado las dos capillas del pueblo dar las doce. Era un pueblo con una sola calle y media plaza, pero tenía tres cementerios y tres panaderías. El viejo se aparecía como un fantasma en la bodega de Chucho de vez en cuando, caminaba la plaza y visitaba la fosa que se tenía reservada antes de sentarse en el patio de Rosa Coneja a ver pasar el polvo.

Rosa Coneja hizo café para nueve personas porque siempre se aparecía algún vecino o hijo extraviado para tomar café con ella en el patio. Don Carruca entró cansado y se quitó el sombrero en la puerta; entró en la casita roja sin pedir permiso, pasó por la cocina y giró a la izquierda hasta el patio. El viejo se sentó en una sillita

de mimbre y se puso el sombrero en la rodilla mientras Rosa Coneja cortaba dos trozos de pan dulce para mojarlos con el café. Se encontraron los dos amigos sentados, desgastándose al sol y a punta de café con pan dulce. Rosa Coneja esperó a que los vecinos o algún hijo los acompañara en el café, pero en esa casa solo quedaban recuerdos y polvo. Cuando ella se dio cuenta de que aún quedaban siete tazas vacías, se supo tan muerta como él.



DE VACACIONES (A SU PESAR)

Sra. Belmutz

Fíjate tú, qué cosa más curiosa! Bien. Es una vaca, sin más, con cuernos. Su destino es pastar y repanchungarse en la



hierba. Pero hoy esa vaca ha traspasado los límites del prado y ha emprendido camino hacia solo el dios protector de las vacas sabe dónde. Pues bien. En el camino, una cancela le ha impedido el paso. La ponen en todos los caminos y sende-

ros para que el ganado no se pierda por esos montes de dios y del diablo. Y nuestra vaca, ella, ha conseguido alzar el pasador que impedía la apertura de la puerta y, tras la heroica acción, ha empujado la aparentemente infranqueable barrera con el morro y ha proseguido su camino.

Es curioso, piensa la vaca, que según camino veo que aquel prado que se me antojaba único e irrepetible se repite en lomas y laderas y que la hierba que en ellas crece es tan deliciosa

como la que deglutía en mi asignada pradera. Así que qué diablos. Yo tiro hacia delante, pues si no hay sino más hierba, ¿qué más necesito? Mi dueño dice que no me puedo escapar porque podría extraviarme pero yo solo veo hierba y más hierba y, salvo

algún que otro duro repecho y zonas de riscos que, por mi propia seguridad, evito, no puedo eludir mi destino, que no es otro que seguir caminando porque caminos y bifurcaciones aparecen por doquier y como hierba haberla hay y algún que otro riachuelo para saciar mi sed, ¿qué más quiero?

Lo que yo no entiendo es por qué esa estúpida vaca se escapa a la mínima. Y mira que aseguré la cancela pero no hay tu tía. No sé cómo pero se las ingenia. Como los de la diputación no nos dejan poner candado— por

aquello del respeto al senderista y tal y cual—, pues hacemos un apañío que todas, absolutamente todas las vacas excepto una, respetan. Porque esta vaca es tonta del culo para arriba y del culo para abajo. Siempre extraviada, siempre al borde del precipicio, siempre en su busca y, sin embargo, no espabila. Parece humana la muy capulla. Pero un humano piensa y abre puertas y busca nuevos horizontes porque es humano pero esto escapa a la absoluta falta de raciocinio de las vacas. Y ya no sé qué hacer.

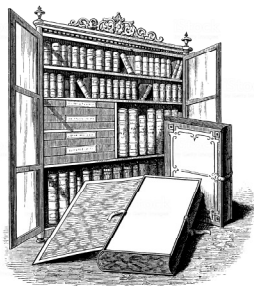


Lo que yo no entiendo es por qué ese estúpido humano vive sumergido en el bucle de su caserío, sus vacas, sus escapadas al pueblo y algún que otro viaje exótico que le han vendido engañándole con aquello de los nuevos horizontes y tal y cual. Y es que a mí todo eso me trae sin cuidado. Como carezco de razón no necesito pensar por qué me escapo del prado todos los días y me voy de excursión, pero joder cómo disfruto. Y además sabiendo como sé que, incluso en el peor de los casos, cuando las cosas se ponen feas por aquello del mal tiempo y tal y cual, siempre hay un tonto del culo para arriba y del culo para abajo que viene a rescatarme para llevarme a casa y así poder echar la siesta. Y ese personaje, que dice ser mi dueño, se cree muy, pero que muy listo. Muuu.

BIBLIÓFAGO

Laura Contrera Hernández

Nadie debía conocer aquel oscuro secreto. ¿Cómo podía explicarlo? No era como tener seis dedos o ser bajito. Casi no era capaz de decir en voz alta que su vida eran los libros, por aquello de que todos los miembros de su familia eran prestigiosos matemáticos, menos aún podía llegar a la ciudadela y confesar que él, un letrahe-



rido defensor de los libros inmaculados y coleccionista de volúmenes que nunca habían sido



abiertos, se dedicaba a algo tan monstruoso cuando cerraba las espectaculares puertas labradas de su biblioteca. Pero tampoco podía seguir callando.

Cada vez era más difícil encontrar libros que saciaran su apetito; ya no se conformaba con novelitas románticas, historias caballerescas o con aquellas novelas del Oeste que costaban diez pesetas, y de las que él compró cien cajas a precio de saldo, que le dejaron un regusto a quemado en la boca, un dolor atroz de estómago y la sensación de estar borracho.

Inmerso en estas disquisiciones no se había dado cuenta de que con la llave de hojalata, que siempre llevaba colgada al cuello, abollada ya por el uso, había abierto la vitrina de libros raros y estaba degustando, con ansías, una primera edición de una novela que lo llevaría al

Infierno: las tripas de La Divina Comedia, de Dante Alighieri, era lo único que quedaba ya sobre la bandeja de plata.

MONSTRUOS INVISIBLES (UN CUENTO)

Alfredo Álamo

El científico terminó de acoplar el último electrodo a la tuerca plateada insertada justo en la base del cráneo de su abominable constructo, hilazón de manos, piernas, torso y cabeza de diferentes orígenes,



conseguidos de maneras poco éticas, con nocturnidad y alevosía, y con el que pretendía desafiar las leyes tanto humanas como divinas que regían la ciudad.

Esperó la tormenta con paciencia, observando los diales y ajustando resistencias, estirando cables y comprobando interruptores de pared de apariencia antigua y oxidada. Las nubes se tornaron negras, ocultando el sol antes de iniciar su eterna batalla, intercambiando rayos, truenos y relámpagos. El científico liberó la cometa atada con un largo alambre metálico, dejándola ascender allá donde los vientos se volvían peligrosos como cuchillas. Un rayo no se hizo de rogar y trató de devolver aquella cometa al infierno con un restallido que hizo rechinar los dientes del vecindario entero. La electricidad recorrió en espirales el cable hasta llegar a los anclajes dispuestos a lo largo de

aquel cuerpo ensamblado con maestría, haciéndole saltar en arcos galvanizados de pura energía.

Segundos más tarde, el científico accionó uno de aquellos grandes interruptores, cortando la corriente. Se acercó al cuerpo —a su criatura— y contuvo el aliento uno, dos, tres segundos hasta que los ojos del monstruo —¿acaso había otra manera de llamarlo?— se abrieron con la furia contenida del que ha sido arrebatado a los cielos.

—¡Está vivo! ¡Vivo! —exclamó el científico, antes de poner la hipoteca del laboratorio a su nombre, recoger sus pocas pertenencias y dejarlo allí, abandonado y neonato, a la espera de la llegada de sus numerosos, y enfurecidos, acreedores.

